

Introducción

Su vida es un verdadero arcoíris: los dos extremos tocan la tierra y el arco que los une abarca el cielo todo.

CHARLOTTE BRONTË, «The Death of Napoleon»¹

La jardinería fue la primera y última pasión de Napoleón Bonaparte, figura que, doscientos años después de su muerte, sigue siendo posible reconocer por su silueta. Entre su primer jardín, el que cultivó en la escuela de Brienne-le-Château, en la región de Champaña, en el norte de Francia, y el último, estando exiliado en la isla de Santa Elena, en el Atlántico Sur, ganó y perdió un Imperio. Napoleone di Buonaparte nació en la ciudad corsa de Ayacio (Ajaccio) el 15 de agosto de 1769. Tras su primer matrimonio, simplificó la ortografía de su apellido transformándolo en Bonaparte, se erigió en Napoleón, emperador de los franceses, en 1804, y abdicó dos lustros más tarde. En 1815, escapó de un breve destierro en la isla de Elba para reclamar su Imperio durante casi un centenar de días, perdió la batalla de Waterloo y lo relegaron a Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821.

Al principio y al final de su extraordinaria vida, la jardinería le ofreció un refugio frente a las frustraciones de la impotencia. Aquel crío inteligente de Córcega, que obtuvo una beca para estudiar en una escuela militar de Francia, hablaba un francés lento y de acento marcado. A veces, mostraba deseos de apartarse de sus iguales para leer, pensar y reflexionar en

su hogar, su familia y su isla natal. En aquella época, su impotencia era más corriente, la propia de un chiquillo de procedencia segura pero modesta con un futuro incierto por delante.

Después de que lo desterraran a Santa Elena a los cuarenta y seis años, la jardinería representó el último brote de actividad de Napoleón previo a su muerte. Por consejo de su médico, creó un jardín de gran complejidad cuyos senderos, situados por debajo de la superficie de plantas, lo ayudaban a evadir la vigilancia de los guardias británicos. Cambió su emblemático bicornio por un sombrero de paja maltrecho y se dispuso a cultivar el único trozo de tierra que le quedaba. El vínculo con el mundo natural que mantuvo al final de su vida recuerda al de cualquier persona que disfruta de la jardinería tras su jubilación o cuando decide apartarse de las tensiones del mundo; pero Napoleón no era cualquier persona. En una etapa anterior de su vida, su relación con la naturaleza estuvo determinada por la ambición que lo llevó, primero, a impulsarse en los tiempos caóticos que siguieron a la Revolución francesa y, luego, a erigirse en el hombre más importante y temido de toda Europa. Aun en el exilio, existían ecos de aquella magnificencia en los proyectos extensos y meticulosos que concibió para su último jardín.

Napoleón pasó cinco años en la escuela militar de Brienne-le-Château y seis en Santa Elena, dos lapsos de tiempo que enmarcan su vida como sujetalibros, dos períodos en los que gozó de un dominio escaso sobre las condiciones de su vida cotidiana y halló refugio en el cultivo de plantas. Entre el primer jardín y el último, se elevó el arco de su vida hasta tocar el cielo para luego volver a caer a la tierra. Durante el ascenso y la decadencia de su poder, raras veces tuvo tiempo para dicha actividad; pero recorrió muchos jardines, grandes y pequeños, parques públicos o espacios verdes privados, y los admiró. A menudo encargó mejoras, que se introducían mediante mano de obra ajena, y siempre tenía en la imaginación un jardín más grandioso que el que existía. Era un observador entusiasta, pendiente en todo momento de la ciencia y el arte de la agricultura. Valoraba los jardines como lugares en los que pasear a su propio ritmo mientras reflexio-

naba sobre los frenéticos acontecimientos mediante los que esperaba garantizar el futuro de Francia. Para alguien en continuo movimiento, que casi siempre parecía andar con prisas y pasaba más tiempo dedicado a la guerra que a otros menesteres, aquellos espacios ofrecían ocasiones excepcionales de calma y placer. Eran el contrapunto de sus muchos campos de batalla, entornos discretos en los que el terreno y las condiciones atmosféricas revestían la misma importancia que en combate, aunque por motivos creativos y no destructivos. En dos momentos de relieve, uno al comienzo y otro al final de su carrera, un jardín se trocó en campo de batalla y la distinción se perdió. El primero se produjo en las Tullerías, en el centro de París, donde en 1792 fue testigo de la matanza de la Guardia Suiza de Luis XVI y la caída de la monarquía francesa; el segundo, en el jardín amurallado de Hougoumont, en Waterloo. En ambos, los montones de cadáveres y cuerpos mutilados ofrecían un contraste terrible con los empeños de los jardineros en imponer un orden al mundo natural.

Napoleón quería imponer el orden en Francia y soñaba con extender el territorio de la nación por Europa y más allá de esta. En 1802, siendo aún primer cónsul y no emperador, Samuel Taylor Coleridge lo describió como el «poeta Bonaparte, diseñador de un jardín mundial».² Casi dos lustros después, pese a la consternación que le produjeron los violentos resultados del poder napoleónico, propuso «una serie sobre las vidas de todos los hombres notables que, desde Moisés hasta Bonaparte, han producido en los Estados o en la mente del hombre grandes revoluciones de efecto perdurable que son, en mayor o menor grado, causas distantes de la condición presente del mundo».³

Napoleón fue un Alejandro Magno de la Edad Contemporánea cuya vida encarnaba también el ideal de hombre hecho a sí mismo, el cabo precedente de Córcega que llegó a dominar Europa y se coronó a sí mismo emperador de los franceses. Su autoridad no fue heredada, sino conquistada a golpe de ingenio militar y político. Su ascenso al poder no habría

sido posible sin la Revolución francesa y, sin embargo, al erigirse en soberano hereditario de Francia, traicionó los ideales revolucionarios que le habían brindado sus primeras oportunidades.

Como objeto biográfico, Napoleón ha atraído siempre a grandes autores varones que se identificaban con él. Walter Scott viajó a París para entrevistar a sus antiguos compañeros y publicó *Vida de Napoleón Bonaparte* en 1827. Stendhal siguió los pasos del emperador y aseveró: «Escribo esta *Vida de Napoleón* para refutar una calumnia». En su autobiografía, el autor realista francés declaró: «Yo caí con Nap[oleón] en abril de 1814».⁴ William Hazlitt pasó semanas sumido en un estupor inducido por el alcohol tras la batalla de Waterloo y, después de aquello, no volvió a beber. Con el tiempo publicaría una vida de Napoleón en tres volúmenes. Thomas Carlyle, quien declaró que «[l]a historia del mundo no es sino la biografía de sus grandes hombres», incluyó a Napoleón en *Sobre los héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia* en 1841.⁵ Con todo, su actitud al respecto resultaba ambivalente, pues, si bien a veces lo caracteriza como «nuestro último gran hombre», en otras lo critica por su «grandioso bandolerismo, locura revolucionaria y derroche ilimitado de hombres y pólvora». A la postre, lo concebía como un jugador imprudente cuyo inmenso éxito transitorio lo llevó a «perder hasta la última guinea».⁶

Carlyle pedía que se le juzgase con arreglo «a lo que sancione la naturaleza con sus leyes; a lo que de realidad había en él; a eso y nada más».⁷ *Sobre los héroes: el culto al héroe y lo heroico en la historia* se publicó un año después de que se trasladaran los restos mortales de Napoleón a París desde su modesta tumba en Santa Elena a fin de darles sepultura en Los Inválidos, en un sarcófago y un entorno dignos de un emperador que cambió el mundo. En 1842, un año después de su publicación, Charlotte Brontë, quien a la sazón contaba veintiséis años, viajó a Bruselas a fin de mejorar su francés. A dieciséis kilómetros de Waterloo, escribió un ensayo breve sobre la muerte de Napoleón que comenzaba preguntándose: «¿Cómo debería concebirse este asunto, con gran pompa de palabras o de un modo

sencillo?». Se distanció de los grandes oradores, escritores y políticos para partir de la perspectiva de «la persona común» para quien Napoleón sería siempre un mercenario:

Que se acerque con respeto a la tumba excavada en la roca de Santa Elena y que, aun negándose a inclinarse en señal de adoración ante un dios de carne y barro, conservando su dignidad independiente, aunque inferior, ponga cuidado en no pronunciar una sola palabra ofensiva ante el sepulcro, ahora vacío, pero consagrado en otro tiempo por los restos de Napoleón.⁸

Brontë oponía la gloria de Napoleón, que creció de la noche a la mañana, «como la calabaza vinatera de Jonás», y la del duque de Wellington, que lo hizo «como uno de los robles añosos que dan sombra a la mansión de sus padres, a orillas del Shannon».⁹ Wellington era su héroe, pero Napoleón, el extranjero, el joven soldado que no tenía más respaldo que su coraje y su talento, se acercaba más a su propia experiencia del mundo. El 4 de agosto de 1843, monsieur Héger, el profesor del que estaba enamorada, le dio un fragmento del ataúd de Napoleón procedente de Santa Elena y recibido de un amigo que había ejercido de secretario de un sobrino de Napoleón.¹⁰ Ella lo hizo girar en la mano y pensó que todos tenemos de Napoleón la idea que somos capaces de concebir. No existen retratos biográficos definitivos: todos se reducen a una persona que observa a otra —quizá la mediocridad contemplando al genio— con mirada fría.

La mirada fría de Brontë me inspiró a escribir sobre Napoleón.

—¿Y vas a encontrar algo que decir que no se haya dicho ya? —Me preguntó en un primer momento un compañero mayor que yo, dispuesto a apoyarme, aunque escéptico.

Si no existe un retrato biográfico definitivo, una última palabra o una conquista en lo que a la vida de otro se refiere, siempre habrá algo nuevo

que decir, por numerosas que sean las legiones de biógrafos que han marchado sobre el mismo terreno. Napoleón es el más masculino de los temas sobre los que pueda hacerse una investigación y son muy pocas las mujeres que han emprendido su biografía, un hecho que sin duda a él le habría complacido. Se mostraba paternalista y desdeñoso con las féminas de su tiempo que cultivaban la escritura, y en particular con madame De Staël, novelista y teórica política liberal. Cuando conoció al joven héroe, De Staël trató de hablar con él de política revolucionaria y él, por toda respuesta, le preguntó cuántos hijos tenía.¹¹ Estaba convencido de que las mujeres debían ocuparse de la crianza y no de la política ni la literatura. «Las mujeres que actúan como hombres me gustan tan poco como los hombres afeminados», aseguró a su secretario.¹² Ella se desquitó con unas elocuentes líneas sobre el egoísmo de Napoleón: «Concibe a un ser humano como una acción o una cosa, no como a un semejante. Ni odia ni ama, porque para él no existe otra cosa que él mismo: todas las demás criaturas son cifras».¹³

En *Una habitación propia*, Virginia Woolf evocaba el papel servil que han representado las mujeres en las vidas y las biografías de los grandes hombres:

Las mujeres han servido durante todos estos siglos de espejo dotado del poder, mágico y delicioso, de doblar el tamaño natural de la figura del hombre cuya imagen refleja. Sea cual fuere su función en las sociedades civilizadas, los espejos resultan esenciales en toda acción violenta y heroica. Por eso tanto Napoleón como Mussolini insisten de forma tan enérgica en la inferioridad de las mujeres, porque, de no ser inferiores, dejarían de servir para engrandecer. Esto explica, en parte, que sean tan a menudo necesarias para los hombres.¹⁴

Ver a Napoleón metido en los jardines ayuda a apartar los espejos deformantes de cuya importancia «en toda acción violenta y heroica» se duele Woolf. En los jardines hay sombras en lugar de espejos. A veces son largas y se extienden en el tiempo y el espacio, y otras son cortas y se proyectan so-

lamente sobre las personas más cercanas a él. El resto de quienes participan en su historia, y en especial las mujeres, no se tratan como seres inferiores que le sirven de contraste ni como meras cifras, sino como individuos que consideraban sus vidas igual de preciosas que lo era para él la suya. Una sombra es una zona o una forma oscura proyectada por un cuerpo situado entre un haz de luz y una superficie. Napoleón se comparaba a menudo con el sol y su primera esposa, Josefina, adoptó el heliotropo como emblema con el lema *Vers le Soleil* («Hacia el Sol»).¹⁵ En este libro, en cambio, no es el astro rey, sino que se presenta bien asentado en el mundo natural. En estas páginas, para verlo, trazaremos las sombras que arrojó sobre las vidas que se congregaron en torno a la suya y las que proyectó en el césped de jardines concretos como presencia inquietante y misteriosa.

A diferencia de su silueta, reconocible al instante, la sombra de Napoleón no es singular ni monolítica. No cabe poner en duda la magnitud de lo que significó su vida para Francia, Europa y el mundo entero; pero ¿tan grande, monstruosa es su sombra? Se han escrito muchos miles de libros sobre él y casi todos caen a un lado u otro de este interrogante. Más que sopesar cuestiones napoleónicas o reconstruir los motivos que hubo tras aquellas acciones que transformaron el mundo, me he propuesto anclar su vida a tierra situándola en una serie de jardines en los que las sombras por él proyectadas son diversas y cambiantes, plurales, no singulares.

Napoleón: una vida entre jardines y sombras bebe de una riquísima tradición académica, histórica y contemporánea, e invita al lector a observar la trayectoria de su extraordinaria vida desde puntos de vista desacostumbrados. Durante la Revolución francesa, las ideas relativas a la naturaleza —la del ser humano, la del mundo natural y la interacción entre ambos— fueron el centro de feroces debates y acontecimientos políticos. La naturaleza se vio venerada y profanada por igual. El Antiguo Régimen, el viejo orden social supuestamente natural, quedó destruido en favor de un nue-

vo orden meritocrático centrado en los valores revolucionarios de libertad e igualdad, al menos en teoría, aunque no siempre en la práctica. La naturaleza personal de Napoleón y su relación con el mundo natural se desarrollaron en este contexto dinámico. Él llegó a verse como un agente sanador, patrocinador de las ciencias y el progreso, la persona capaz de poner fin a la violencia de la Revolución y restañar sus heridas. En realidad, desató una nueva era de terrible destrucción. Las guerras napoleónicas provocaron entre tres y seis millones de muertes por causas no naturales entre militares y paisanos.

De no haberse erigido en uno de los más grandes generales de la historia, Napoleón se habría consagrado a la ciencia. De joven, quería ser un descubridor a la manera de Isaac Newton más que seguir el ejemplo de Alejandro Magno y, por más que en su vida adulta se impusiese su carrera militar, jamás abandonó aquellos sueños de adolescencia. Lo acompañaron en los campos de batalla y las sendas recorridas en campaña, a las salas de debate, los pasillos y salones del trono en que se desarrollaba el poder político. Entendía que le aguardaba todo un «mundo de detalles» por explorar y, cuando se detuvo a considerar cuál podría haber sido su contribución al desarrollo de la comprensión humana del mundo natural, lo dominó el arrepentimiento. «Pensando al respecto, siento que me duele el alma», confesó a su amigo el naturalista Étienne Geoffroy Saint-Hilaire.¹⁶

Este libro ofrece un retrato del emperador trazado desde ángulos oblicuos. En una serie de capítulos cronológicos, enmarcados por jardines, bosques o expediciones botánicas, se exploran pasajes particulares de su vida. Tras su primer jardín, el de la escuela, aparecen el de la familia y un vivero de moreras de Córcega; el botánico de París, el Jardin des Plantes, una de las pocas instituciones reales que sobrevivieron a la Revolución; los de El Cairo, durante la campaña egipcia; los de Malmaison, su hogar de casado a las afueras de París; los jardines y el bosque de Fontainebleau, donde instaló un salón del trono en el apogeo de su poder; los romanos y los palatinos de París que hizo construir para su hijo, el rey de Roma, y que

nunca llegaron a concluirse; los de su primer exilio, en Elba; la granja fortificada de Waterloo, donde se desarrolló una batalla dentro de la batalla, y el último, el de Longwood, su residencia de la meseta de Deadwood de Santa Elena. Todos ellos fueron lugares de refugio o de conquista y control, rincones para la investigación científica o la búsqueda de placer, y, en ocasiones, escenarios en los que la armonía se vio manchada de sangre.

Dentro de estos jardines de amplia definición, se describe la vida de Napoleón a través de las sombras que arroja sobre cuantos lo rodean. Su relación con el mundo natural estuvo mediada por la presencia de familiares, amigos y amantes, en muchos casos científicos profesionales o aficionados dispuestos a ampliar las fronteras del conocimiento en igual medida que lo estaba él a extender su dominación territorial. Su trato con todos ellos en lo tocante a los jardines, proyectos agrícolas, investigación o experimentación científica nos ofrece oportunidades únicas y arrojadas de entender cómo era Napoleón. A veces, el foco de la narración se aparta de él para poder exponer el impacto que tuvo en otras biografías. Las vidas que rodean a la suya no son superficies estáticas ni espejos: no se limitan a reflejar su poder ni a aceptarlo de forma pasiva, sino que resultan valiosas por derecho propio y forman parte del contexto que hizo posible los logros de aquel.

Plutarco, el padre de la biografía, confronta a menudo la de un gran personaje con la de otro que no es tan célebre. El presente volumen se asienta sobre esa misma tradición al contrastar una serie de vidas menos conocidas u olvidadas con la de Napoleón a fin de revelar el contorno de su personalidad y su poder. Muchas de esas personas actuaron de intermediarias en su relación con el mundo natural: jardineros, botánicos, científicos e investigadores. Otras son políticos o diplomáticos, soldados de a pie o generales; algunas son mujeres que subsistieron o perecieron, forasteros o extranjeros; miembros leales de su familia o su servicio doméstico, arquitectos y diseñadores de exterior; otros son habitantes remotos de distintos continentes que jamás conocieron en persona al hombre cuya autoridad, ganada con sangre, sudor y lágrimas, cambió su vida o quizá no supieron siquiera

de su existencia. Algunos escribieron cartas, diarios o memorias sesgadas por su propia perspectiva, pero también los hubo que no dejaron registro personal alguno y son conocidos solo mediante anécdotas. Las figuras que conforman este gentío de vidas entraban y salían de la vida de Napoleón mientras él se aferraba a momentos preciados de descanso y reflexión en los jardines que encontraba o creaba.

La vida de Napoleón gozó de una intensidad y un impacto épicos, pero no fue más que una menudencia temporal en la historia del mundo natural. Moribundo en Santa Elena, cuando lo habían abandonado hasta la capacidad y la voluntad de cultivar hasta un modesto trozo de tierra, se sabía vencido por la naturaleza, pero era muy consciente de que se había hecho merecedor de un lugar en la historia: su sombra seguiría proyectándose sobre el mundo durante siglos después de su muerte. Al regresar a los jardines que creó al comienzo y al final de su vida, al verlo atravesar otros jardines en su ascenso al poder y su caída, he tratado de volver a colocarlo en el contexto en el que vivió. He aceptado que hubo, y hay, muchos Napoleones. Cabe describirlo —como, de hecho, se describe— «con gran pompa de palabras», como lo expresó Charlotte Brontë. Eso es, sin duda, lo que pretendía él. Aun así, también era un hombre a quien fascinaban los detalles, los hechos empíricos que habría clasificado y recopilado en caso de haber tenido la libertad de seguir una carrera científica. Al centrar mi enfoque en los jardines, he encontrado el espacio necesario para dar cabida a los pequeños detalles que quedan fuera en obras más grandiosas y convencionales. Todo jardín combina circunstancias básicas —tipo de suelo, clase de plantas...— con abstracciones como las estaciones, el tiempo, la eternidad... Al trazar la sombra de Napoleón en los jardines, no me he humillado en actitud de adoración ni he querido condenarlo. He observado atentamente el efecto que tuvo en otras personas en varios espacios verdes y he llegado a la conclusión de que madame De Staël se equivocaba al afirmar: «En todos los aspectos, es la guerra, y solo la guerra, lo que encaja con él». ¹⁷ Los jardines también encajaban con él y las sombras que arroja en ellos ofrecen nuevos modos de entender su vida.